

---

ÁLVARO EGAR CONTRERAS

*Experiencia y narración:  
Vallejo, Arlt, Palacio y Felisberto Hernández*

Mérida, Univ. de Los Andes-  
Inst. de Investigaciones Literarias  
"Gonzalo Picón Febres", 1998, 220 p.

**U**no tiene la impresión al leer este libro de Álvaro Egar Contreras, profesor de la Universidad de Los Andes, de Mérida, en Venezuela, e investigador del Instituto de Investigaciones Literarias "Gonzalo Picón Febres" de aquella ciudad, que todo él existe para poder escribir sus excelentes últimas dos páginas y citar y glosar allí un texto de Alfonso Reyes. "¿Conclusiones?", se pregunta el título del último de los nueve capítulos que lo componen. Él mismo se responde: "El salto de Aquiles".

Y, en efecto, esta metáfora propuesta por Alfonso Reyes, quizá junto a la del ángel de la historia de Walter Benjamin, tantas veces citada, preside y condensa este libro sobre las estrategias que diferentes escritores, en tanto que sujetos modernos, adoptan para dar cuenta en la literatura de su experiencia, de su pasado o, lo que es a estas alturas equivalente, del proceso mismo de intentarlo, o de su infranqueable imposibilidad. Desde el límite del texto, desde su final, no sólo clausura, sino que ilumina todo lo anterior, instando a la relectura, y descubriendo de pronto hacia dónde apuntaban de manera implícita todas las reflexiones del volumen.

La metáfora del salto de Aquiles dice así: "Aquiles, de alígeros pies, salta y no lo vemos sino antes y después del salto. No diremos de Aquiles que ha dejado de existir durante el salto; simplemente, supera nuestra sensación psicológica del momento, la decimasexta parte de un segundo. Pero Aquiles, visto en cámara lenta, es perfectamente continuo" (pp. 200-201).

Después de la voz de Alfonso Reyes, igual a sí misma y a la vez distinta, porque es simultáneamente otra, la del crítico, éstas son las únicas palabras que pueden añadirse: "Pero continuidad, aclara el autor —y A. E. Contreras con



él—, no es ‘lentitud’, ni ‘pasatismo, derechismo, reacción u otras nociones de este jaez’; continuidad, en una clara posición dialéctica, es también transformación” (p. 201)

Hacia ahí confluyen, entonces, las reflexiones tejidas en torno a los textos que centran el análisis: el intento de Felisberto Hernández por preservar en la escritura sus recuerdos y su subjetividad, frente a la disgregación moderna (“un intento por no dejar erosionar su subjetividad”, p. 25), aun sabiendo —y mostrando— que su instrumento le condena a mentir y mentirse, a reformular perpetuamente su experiencia: “recordar se transforma en posibilidad de interrogar la posición del sujeto y el sentido de la escritura” (p. 58); es decir, recordar es explorar los límites del lenguaje para expresar al sujeto, o, lo que es lo mismo, las posibilidades de existencia y coherencia de éste en la modernidad; el trabajo de César Vallejo sobre la literatura para hacerla decir —decirse, a sí misma y a él— de manera nueva, de la manera adecuada a ese sujeto que se descubre fragmentado, que busca mostrarse fragmentariamente como tal: “su escritura poemática —leemos— representa la única forma de expresar su condición de hombre moderno” (p. 136); el deambular de Roberto Arlt por los saberes del margen, estrategia peculiar para dar forma literaria a la experiencia urbana y para poner en crisis las representaciones que de esa experiencia proporciona el poder. El objetivo aparece en este caso como la “búsqueda de una salida que medie entre la destrucción que representa la técnica, y la afirmación humana de valores” (p. 193).

Pero la prueba más concluyente de que es hacia aquel punto hacia donde todo confluye, la da el análisis de los textos de Pablo Palacio, en parte violentados por la mirada ávida del crítico. Así, donde el escritor ecuatoriano dice: “En verdad, puede ser muy pintoresco el que una calle sea torcida y estrecha hasta no dejar paso a un ómnibus; puede ser encantadora por su olor a orinas; puede dar la ilusión de que transitará, de un momento a otro, la ronda de trasnochados. Pero está nuevo el asfalto y grita allí la fuerza de miles de hombres que ha bregado por el pan en nuestros días” (pp. 92-93), en ese mismo lugar este trabajo descubre “frente a este tiempo negado al acontecer”, la propuesta de “otro que altere la estructura del presente y a la vez rescate lo inédito del pasado, otro tiempo que niegue el historicismo” (p. 94). Siempre entreviendo en la literatura la cámara que restablezca la continuidad del salto de Aquiles.

El pasado, la historia, es una construcción de la modernidad. “El andar por un presente inestable y la forma resignada con que asume su pertenencia al tiempo de ahora —explica Álvaro Egarr Contreras— forman parte del desarro-



llo de ese conflicto entre tiempos y espacios que experimenta el narrador moderno” (pp. 8-9). Y muchas veces es, así, una construcción reactiva y conservadora: la velocidad de los cambios del presente, crea, por oposición, la inmutabilidad de un pasado cuyo orden coincide con los valores de quien imagina. “Ante un presente sin esperanza, desolado, surge la imagen de un pasado como sistema ordenado” (p. 10) De hecho, la construcción de ese relato de orígenes es indisociable de la formulación de esos valores, de ese principio ordenador del caos que la modernidad conculca. Así se observa en la construcción de los imaginarios nacionales, producto ellos mismos de esa construcción moderna que es la nación. No es casual, por ejemplo, que las actuales investigaciones de A. E. Contreras se centren precisamente en las imágenes que la literatura crea de lo rural en el momento mismo en que arranca la modernidad en Latinoamérica.

Porque ni aún en las mitologías del progreso es posible prescindir del pasado. No es, por ello, tan extraño que el crítico descubra también en Pablo Palacio la continuidad del salto. El narrador, que se muestra tan partidario de abrir anchas avenidas en los lugares que ocupan las callejas retorcidas de los barrios históricos, no puede evitar su construcción literaria. Aun cuando esas calles dejaran de existir, su trazado permanecería en estos párrafos, impugnándose cada vez, en cada lectura, ocupando el lugar de las calles, legitimando un presente que paulatinamente iría convirtiéndose él mismo en pasado. Y es que la historia, el recuerdo, es una construcción, pero no por ello deja de estar presente en tanto que tal, a veces revelando su textura ficticia, y a veces coagulando en imaginarios personales y colectivos que se confunden con la realidad para muchos de estos sujetos. Y, en el fondo, no se equivocan. Así es la propuesta de salvación que este texto lee en Roberto Arlt: “crearnos un orden —siguiendo cualquier postulado teológico, social, filosófico— y dentro de él es menos importante que sea verdadero o falso que actuar fielmente a sus leyes” (p. 181). Esas imágenes, esos órdenes ficticios, son la realidad, porque ésa es la única manera en que pueden ser reales. No es posible prescindir de ellos.

Ésta es la gran virtud del libro de Álvaro Eggar Contreras: el que la lectura de los textos no se agota en sí misma, no es un vano gesto canonizador que, tras la estela de los nombres que se invoca, instale al crítico en la jerarquía de los canonizadores. No, no se trata de nada de esto. Tras las preguntas por los otros textos, subyace una pregunta por el propio; tras las reflexiones sobre cómo abordaron diferentes autores el problema de dar forma literaria a la experiencia y al recuerdo en la modernidad, puede leerse la pregunta sobre cómo



hablar del pasado y de la experiencia en un tiempo en que parece haberse decretado la abolición de la experiencia y de la identidad, que son una construcción de la memoria, sí, pero de esas construcciones que valen por realidades, porque la realidad es una construcción. Lo es la identidad individual y nacional, pongamos por caso, pero no lo es menos la ausencia de ellas, ni menos aún su abolición, esa impugnadora de ficciones y de memorias llamada “globalización”. El salto de Aquiles aparece, entonces, como una respuesta y como un punto de partida. “Reyes propone la idea de continuidad cultural como ‘resistencia moral’ ante las imágenes en ruinas que se elaboran en cada momento” (p. 200). Esa resistencia se configura como una ficción, revela a estas alturas su textura íntima de palabras, pero así son también las imágenes en ruinas. Continuidad puede ser transformación, entonces, porque, si todo son ficciones, no por ello todas las ficciones son iguales.

JESÚS PERIS LLORCA  
*Universitat de València*